



Opinión

Para pensar...

El lado bueno de la culpa

Por Pablo Cárdenas Rey

Con frecuencia culpamos a los Estados de ser los responsables de los males del mundo. «El Estado no hace nada, por eso estamos como estamos», seguramente cada día refunfuñarán miles de ciudadanos del mundo respecto a sus gobiernos. Pero, dejando a un lado la verificabilidad de éstas aseveraciones -si es que acaso tiene algún sentido preguntarse por ella-, lo interesante es analizar el aspecto psicológico que las rodea. Mucho más allá que la rezonga, éstas parecen tener un efecto sosegante. Siempre será bueno pensar que otro es el culpable, y mejor aún si ese algo es tan abstracto como un Estado. Por eso repetimos tanto estas frases, para sentirnos tranquilos con nosotros mismos, y dejar el problema a un lado.



Hace unos días una columna de opinión en un periódico capitalino criticaba la proliferación de *mea culpas* sin sentido. El argumento resaltaba lo fortuito detrás del sentimiento de culpa de un ciudadano cualquiera frente al cambio climático. Con la forma de respuesta obvia se preguntaba, ¿pero qué culpa va a tener cualquier fulano al respecto? Sin mayores cavilaciones todos concluimos que ninguna en absoluto. La culpa es de los Estados que no regulan bien el tema, y de los buses, y de los chinos, y así una larga lista que a usted y a mi nos deja las manos limpias de toda culpa. Pero vale la pena pues preguntarse, ¿aporta acaso este ejercicio de inculpar siempre a otros a algún tipo de mejora en la situación?

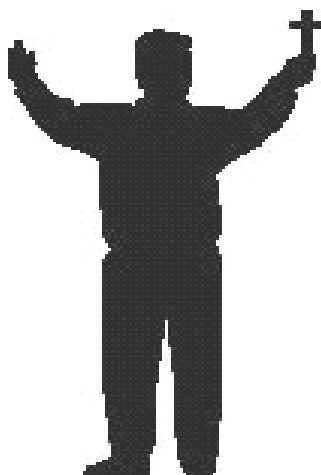
Sería necio afirmar que podamos, por ejemplo, ser los responsables del calentamiento global. Pero eso no nos concede el derecho a dejar de lado la pregunta; ¿y qué puedo hacer yo al respecto? No hacerlo nos hace culpables por omisión. Pero atención, por ningún motivo esto es algún tipo de condena o de recriminación. Esta mención a la culpa, no está haciendo alusión a la culpa del lamento y del flagelo, sino más bien a una *sana culpa* que nos insta a la reflexión. Nos hemos equivocado al pensar que todo sentimiento de culpa es subyugante, y que la libertad consiste en no sentirla. La sana culpa puede llegar a ser un motor de compromiso. Una señal que al encenderse nos recuerda que podemos hacer mucho más que consolamos diciendo que otro tuvo la culpa.

Frente a los retos de una vida política moderna que cada vez se hace más compleja y se aleja más de nuestro alcance, parecería que lo único que nos queda es quejarnos de los Bushes y de los Bin Ladens, de los incrementos en la tasa de desempleo y de las tasas de interés... Puede que frente a estos fantasmas no es mucho lo que podamos hacer; sin embargo, no debemos caer en la trampa de que renegar es la verdadera política, pues de hacerlo, podrían estar en lo cierto aquellos que sólo saben quejarse. Y eso no puede ser así. Tal vez valdría la pena echarle un vistazo a esos temas, seguramente más prosaicos sobre los que si podemos hacer algo. Una exploración de nuestras culpas por omisión puede ser un sano ejercicio para ponernos en acción, y contribuir por una causa, indiferente a lo pequeña que sea, que esté a nuestro alcance.

R
i
n
c
ó
n
d
e
J
ó
v
e
n
e
s

¿De qué realidades provienen los jóvenes? - Aspecto religioso

Muchas veces, la búsqueda de los jóvenes de un nuevo modo de vivir es incompatible con la poca flexibilidad que viven en la institución religiosa. Alejándose de la institución comienzan a considerar su vivencia religiosa como algo interior y privado (íntimo) que no tiene por qué influir en su vida social. Junto a esta realidad hay muchos jóvenes con valores religiosos serios, con experiencias de encuentros fuertes con Dios en sus vidas; trabajo parroquial o en diversas comunidades o grupos juveniles; tienen grandes deseos de profundizar en la Palabra. Algunos vienen de una experiencia de vida carismática, otros tienen notables formas de expresión de culpa y ciertas imágenes fatalistas de Dios. Algunos tienen supersticiones; otros limitan la oración a espacios «sagrados» y suelen deslumbrarse frente a lo que aparenta o representa «lo santo», «lo misterioso».



Editorial...

Hablamos de todo, pero no...

...de lo esencial o más profundo de nuestras vidas. Es algo comprobable lo que nos cuesta hablar entre los seres humanos de las cosas verdaderamente profundas e importantes que hacen a nuestra vida. Estamos inundados de palabras, de ruidos, de opiniones, pero es mucho lo que cuesta que hablemos de cosas verdaderamente importantes o esenciales en nuestra vida.



Nos pasa también a los creyentes, que son muy pocas las oportunidades en las que por ejemplo, hablamos de Dios. Discutimos sobre muchas cosas: pastoral, organización, actitudes externas, métodos, etc., pero difícilmente nos reunamos para hablar de Dios en la vida de cada uno, y en todo caso como profundizar más nuestra relación con Él.

Nos quedamos con que son cosas muy íntimas y personales, como que no forman parte de la vida, sino más bien de algo muy oculto, tanto que hasta podemos separarlo: por un lado el Dios en quien creemos, y por otro la vida concreta. Pienso, y compartiendo también con muchas personas, que esto ocurre también en otros ámbitos. Es muy raro encontrarse con un padre o una madre de familia y que te hablen del amor que tienen por sus hijos, o que compartan ciertas satisfacciones que les dan.

Lo mismo sucede muchas veces con los jóvenes, a quienes no es fácil escucharles compartir sus ideales profundos, una lectura que les haya hecho bien, de lo que verdaderamente es el motivo de su existencia. Sí en cambio somos capaces de compartir con «lujo de detalles» la última película que hemos visto, o el trabajo que estamos haciendo o lo que planeamos como salida en los próximos días.

Hasta nos pasa a los sacerdotes, que a veces en nuestras prédicas hablamos de muchas cosas que tienen que ver con lo organizativo, con las dificultades actuales, pero nos falta llegar a lo profundo de la relación de los hombres con Dios, de la vida eterna y a veces hasta de lo misericordioso que es Dios.

Estamos llenos de opiniones, de palabras, pero no siempre llenos de La Palabra. Nos cuesta cada vez más hablar de ciertos temas, como que una especie de «pudor» nos invade.

Por qué nos pasa esto. Quizás sean muchas las posibles respuestas, pero me parece que una de ellas es una especie de «esclavitud» que tenemos de eso que decimos «el qué dirán».

Parece que si expresamos lo que sentimos profundamente, eso nos «alejara» de los demás, nos mirarán como «alguien raro». Si nos preguntan: «¿sos católico?», seguramente responderemos que Sí, pero a mi manera, pero no un santo, más o menos, y ni se nos ocurriría por ejemplo decir que rezamos, que en lo íntimo de nuestra vida le pedimos a Dios todos los días fuerzas. Todo muchas veces por ser «iguales a los demás», o para que los demás no nos vean de determinada manera. Y lo mismo nos pasa en otros aspectos: creemos en el amor, pero no tanto; en la fidelidad como algo importante, pero hasta ahí; en el trabajo, pero... Hablemos también de las cosas más profundas e importantes, porque es cierto que lo que llevamos adentro, si no compartimos lo que tenemos en el corazón, en el alma, corremos el riesgo de que se nos queden vacíos.

Padre Oscar Pezzarini



Comunión Querétaro

1° de abril de 2007 Año 9 N°476
Domingo de Ramos

OBISPO DIOCESANO: Mons. Mario De Gasperín Gasperín.
DIRECTOR GENERAL: Pbro. Francisco F. Gavidia Arteaga.
gavidiaarteaga@yahoo.com.mx

JEFE DE INFORMACION Y PUBLICIDAD: Sra. Leticia Hernández Rodríguez

ASISTENTE DE DISEÑO: Blas Eduardo Martínez Flores

PAGINA WEB DE LA DIOCESIS: Jorge Rangel y Auxiliadora García.

COLABORADOR ADJUNTO: Diác. Héctor Méndez Bueno

DOMICILIO: Reforma No. 48. Centro. C.P. 76000 Santiago de Querétaro Qro.

TELÉFONOS: (442) 224-04-96. Fax. (442) 212-18-45.

CORREO ELECTRÓNICO: comunionqro@terra.com.mx.

comunionqro@hotmail.com

Comunion Online: www.diocesisdequeretaro.org.mx